

PIO BAROJA Y LA POLITICA

Por Ernesto
GIMENEZ CABALLERO

En este centenario barojiano, ¿ha estudiado alguien a Pío Baroja como político?

El creyó que nunca fue político, que detestaba la política y que su literatura no influiría en el destino español para nada.

Y, sin embargo, fue Pío Baroja la máxima sensibilidad política de su época y el que más influjo tendría —más que Ortega, que Unamuno, que Maeztu, que Azorín— en la España que inspiraría al Movimiento Nacional.

Su sensibilidad le llevó a no participar en una política como la de su tiempo, uno de los más desgraciados de España. Y, por eso mismo, proyectó un ideal que iluminara el porvenir.

Siendo la característica de Baroja la honradez moral, quiso, sin embargo, intentar por escrúpulo ético, un ensayo a ver si estaba equivocado.

“Yo no soy político —afirmó en “La insensatez y la cuquería”— y por eso soy un franco tirador por naturaleza.” “Yo no creo en la política ni en los Gobiernos”, volvió a repetir al analizar “La influencia del 98”. Y en sus “Memorias” diseñó algunos de los políticos representativos desde la altura de su espiritualidad. “Los españoles de entonces tenían la candidez de pensar que todos esos políticos algo representativos eran hombres gigantes.” “A Cánovas

le llamaban el monstruo... Su pensamiento en la última época de su Gobierno en que afirmaba que había que enviar a Cuba hasta el último hombre y la última peseta me pareció siempre absurdo, porque un país no se va a suicidar por perder una colonia por rica e importante que ésta sea.” “A Sagasta, al cruzar por la Puerta del Sol, me chocaba mucho ver que del público no lo conocía nadie.” “A Moret le oí hablar una vez en el Ateneo en una fiesta que me pareció un tanto ridícula.” “Villaverde parecía que apedreaba al auditorio con sus palabras.” “Respecto a Gamazo, era la vulgaridad plasmada.” “De los republicanos célebres, todos eran figuras ilustres. Ruiz Zorrilla, como hombre, era agarbanzado.” “A Castelar no le preocupaba más que la elocuencia y a pesar de sus dotes y de publicar mucho no ha dejado un libro.”

En ese escenario se negó a representar papel alguno. Aunque —torno a repetir— que por honestidad consigo mismo, se probara una vez, a ver si estaba equivocado. “Actué en política, hace más de veinte años, de cinco meses a medio año —cuenta por 1936 en “Rapodias”— Luego lo dejé porque me pareció aburrido. En esa época me nombraron candidato a concejal por la coalición republicanosocialista de Mu-

drid. Lerroux me dijo entonces: No sabe usted lo agradecida que es la democracia cuando un hombre se dedica a ella. —¡Hum!, yo lo dudo un poco —le contesté—. ¿Por qué? —Porque cuando un hombre alcanza un cargo, al menos en España, nadie cree que hace un servicio a su país, sino que coge una prebenda para disfrutar de ella.” “Hablé en unos cuantos mítines y como no tenía condiciones ni afición oratoria me cansé pronto y lo dejé”.

Quando le presentaron a académico —cuenta Marino Gómez Santos en su precioso libro sobre Marañón, escribió a éste una carta donde le preguntaba: “¿Dicen los jóvenes ateístas que nos hemos pasado al enemigo? No se comprende a qué enemigo. A mí me escriben dos catalanes acusándome de traidor y enchufista. La verdad es que cuando uno no pretende el apostolado no se le puede juzgar en calidad de apóstol. Estos jóvenes españoles actuales, como sus papás, son un poco duros de mollera y no quieren ver que puede haber otra cosa que derechas o iz-

quierdas. No parece sino que el mundo es un hemisferio... Yo, al menos, soy de los que están tumbados fuera del hemisferio.”

Esa “otra cosa”, ese “estar fuera de la derecha y de la izquierda” es lo que de veras —¿y sin él advertirlo?— le hizo el precursor del espíritu revolucionario que plasmaría el Movimiento Nacional.

Ya alguien más que nosotros lo había advertido. En un periódico suizo, el “Neu Züricher Zeitung”, 14 de junio de 1931, Dominik Müller (Paul Schmitz) escribía: “Por medio de Pío Baroja pude conocer más profundamente a España. Llegando a ser Baroja uno de los Führer (sic.) espirituales españoles por medio de sus libros, novelas de historia, artículos críticos, y a sentir el pulso de la nación, dando sus diagnósticos y pronósticos”.

No obstante, con esa delicadeza exquisita que le caracterizó siempre, Baroja rechazó tal influjo: “Al escritor, aunque no tan fantasmón como el político, le gusta por vanidad pensar que su literatura es eficaz, que tiene resonancia en el mundo, pero cuando no lo

es y cuando no resuena por ninguna parte tiene que reconocerlo así, más o menos alegremente.”

Desde que conocí a Baroja, en mi adolescencia, sentí que había en él la moral más pura, aristocrática e intransigente de España. El “Loyola extrarreligioso” que él pedía para el porvenir hispánico. Y advertí que en una de sus novelas “César o nada” —publicada por 1909 en folletines sobre “El Radical”— existía, latía, una inspiración para ese porvenir. Novela donde se describía el parlamentarismo español desde dentro, desde un pueblo de Castilla, con sus caciques, sus inmundicias, sus traiciones, su falsedad y sus crímenes. Y frente a lo cual un oscuro héroe, el protagonista, lucha cara a cara soñando en el ideal que Roma la Cesárea y Papal, la de otros dos españoles: César Borja e Ignacio de Loyola, le enseñaran. Descubriendo así el genio más profundo de España.

Por eso, en 1934, número 8 de la revista “JONS”, proclamé a Baroja precursor. Que luego él insertaría nuestras palabras, como prólogo de su único libro político (y fundamental para España) “Comunistas, Judíos y demás ralea”.

En ese libro hay un capítulo donde falangistas le visitan en Vera declarándole si no el padre sí el

abuelo de nuestro Movimiento. Libro en el que refiere Baroja, entre otras cosas sensacionales, el haber intervenido en el Manifiesto sobre el Nacional Sindicalismo que le leyera Ledesma Ramos en su casa de Madrid. Y cómo profetizó el triunfo de Franco.

Asimismo, mi libro “En torno al casticismo de Italia” (1929), donde publiqué como prólogo el primer Manifiesto de la futura doctrina falangista, aparecido en “La Gaceta Literaria” el 15 de febrero de ese año, se editó por Caro Raggio cuñado de Baroja tras leerlo él previamente.

Hoy —con motivo de su centenario, se difunde un Baroja descompromisado de toda política por su independencia, rebeldía y anarquismo. Lo que no impide, por ejemplo, que su sobrino Julio Caro Baroja —el formidable realizador del científico europeo que su tío llevaba dentro— expusiese el otro día en el Centro Cubano de Madrid todo lo que significó en el alma y la literatura de Baroja la pérdida de Cuba.

En la obra barojiana hay un tesoro de visión política española. La de un poeta en su máxima expresión: la profética. Por eso dio tantas voces en el desierto patrio. Con esa mezcla de risa y lágrima que harían de él un lírico asombroso. El más hondo de nuestra literatura.